

gorio, había mandado extender antes de su partida.

EPÍLOGO

Don Gregorio Zumárraga, por las diligencias de don Fernando Altamirano y sus amigos, logró una excepción.

Don Gumersindo Hierro perdió los bienes que se había apropiado, y sólo á la clemencia de Anita debió no ir á presidio, por el abuso de confianza de que era reo.

Anita se desposó con don Fernando y vivió muy feliz en unión de éste y de su padre.



Jugar con dos Barajas.

I

QUIEN ES ELLA

En los días de la invasión extranjera, cuando todavía el ardimiento desplegado por nuestros generales en las reyertas intestinas daba margen á esperar algo provechoso del ejército, si no por la conciencia del deber, á lo menos por el instinto de propia conveniencia, vivía en México una familia, ni rica ni pobre, pero respetable, oriunda de Jalapa.

Componíanla un anciano, de antecedentes tal cual equívocos en la carrera de Marte; su mujer, legítima consorte, á cuya conducta indefinible se atribuía la prematura é irregular emancipación de una de las hi-

jas, y otra hija, la menor, que por acaso conservaba los atractivos de las vírgenes.

Esta, que se llamaba Concepción, había traído entre manos, desde los doce ó trece años de su edad, varias intriguillas de esas que se titulan compromisos amorosos, las cuales no habían tenido, por fortuna para ella, más consecuencias que viciarle un tanto el corazón y dar á lo que se llama sentidos una preponderancia que notoriamente pasaba los límites de lo razonable.

Peró en la época del presente relato, pocos meses hacía, los insulsos amoríos habían cedido el puesto á relaciones muy cordiales, muy serias con un joven forastero, de familia rica y decente, á quien el deseo de saber, que no se satisface por cierto en México, había traído á la hermosa capital de la segunda confederación democrática del mundo, como si dijéramos una túnica hecha con diecisiete ó dieciocho retazos de telas de diferentes dibujos, calidades y tamaños, hilvanados unos con otros.

Criado bajo el influjo de un cielo puro, á la vista y con el ejemplo de unos padres honrados y sencillos, Eduardo había cedido desde luego, sin luchar ni resistirse, sin segunda intención ó mal pensamiento, á los primeros embates disimulados, pero fuertes de una muchacha, Concepción, que al atractivo de una cara bonita, de un talle airoso reunía una rara gracia en la gesticulación

Concepción tenía dieciseis años: había conocido á Eduardo tres ó cuatro meses antes, en una repartición de premios en que él se había ganado con justicia por casualidad, el mayor de todos, y como esto excitara las ambiciones de la parte más considerable de las niñas presentes al acto, ella juzgó conveniente á su vanidad entrar en la competencia. Ya hemos dado á entender que salió victoriosa.

Esta era la situación de las cosas al tiempo de la presente introducción.

II

POLÍTICA

A principios de 1,847, año fecundo en sucesos memorables para las repúblicas cuñadas, pero más particularmente para una de ellas, un gobernante lunático sublevó todos los intereses, todas las preocupaciones sociales contra el poder público.

Entonces fué cuando la prensa ministerial, el órgano declarado de la magistratura suprema, predicó á la faz de nacionales y extranjeros lo que hoy se titula "expropiación."

Por aquellos tiempos fué cuando el partido reinante pudiendo aprovechar la exaltación de los ánimos y dirigirla en un sentido patriótico, tan sólo supo, si no es que así lo

quiso, apurarla en mezquinas disputas. Debates sobre la conveniencia del matrimonio civil, sobre la extinción del orden sacerdotal.....

¿Los hombres perdieron acaso el juicio?.....

El lunes 10. de Marzo, día de San Albino obispo, hubo grande holgorio público en México. Sublevados, puros y no puros, todo el mundo concurría, poniendo por un rato aparte los enconos de partido, á celebrar con salvas, cohetes, repiques á vuelo y aclamaciones un acontecimiento de los más faustos: la victoria de la Angostura. ¡Ay! era la última decepción de honor y gloria que debía paladear el patriotismo!

Ese día como á las doce, cruzando por entre las festejosas balas con que los entusiasmados contendientes celebraban el triunfo de las armas nacionales, un joven salvaba sin mucha precaución los parapetos de polcos y farriistas y enderezaba sus pasos hacia la calle de la Moneda, punto central de los menoscabados dominios del gobierno.

Llegando á la esquina de la diputación antojósele al jefe del destacamento, coronel de veinticinco años, que el joven era del bando polco. En consecuencia, mandó arrestarle, toleró que le maltrataran sus desharapados mites, y aun estuvo muy tentado, como Rangel con Pedraza, de fusi-

lar á su prisionero; pero influencias poderosas de aquellas á que nadie resiste salvaron por fin al joven como á Pedraza, después de nueve horas de rigurosa incomunicación.

III

LAS DOS TORTAS

Empeñábase Concepción en una lucha comprometida y azarosa, uno de esos juegos de agilidad y destreza en que va todo un porvenir de por medio, y de cuyo resultado viene de ordinario, entre otras cosas, la rechifla de las gentes malignas sobre cualquiera de los jugadores que pierde.

Como á las diez de la noche del propio día en que nuestro Eduardo, por ir á visitar á su amada, fué tan villanamente detenido por las tropas del gobierno, un individuo del sexo masculino pasaba por la calle de la Moneda, y al divisar una mujer en el balcón de un entresueño, sito frente á frente de la casa de amonedación, atravesó paso á paso la calle y fuése á plantar en línea perpendicular con la desconocida.

El primer movimiento, menos instintivo que calculado, de una mujer en coyunturas de semejante naturaleza, es huír el cuerpo.

El bulto apostado en el balcón desapareció, pues, como una sombra.

Mas el temerario agresor, que al parecer tenía sus puntas de ladino, se trasportó á

la optuesta acera, encaramóse sobre el pedestal de una de las dobles columnas laterales de la puerta de la Moneda, y como desde allí columbrara, recatada junto á un ángulo interior del balcón, la forma femenil que había fingido rehusar el combate, volvió apresurada, pero cautelosamente, á su primitivo puesto, en donde fijó su mansión, después de haber dado á entender, por medio de unos cuantos pasos, que había sido leal y sincera su retirada.

El centinela del baluarte septentrional del palacio federal, corrió la palabra con su destemplado, soñoliento y pulcoso "¡mueran los pol-cos!"

La forma mujeril apareció de nuevo, hizo ademán de buscar el objeto que había motivado su instantánea fuga, y al ir, tal vez á darse cuenta, quién sabe si con más desagrado que satisfacción del éxito de su pesquisa, oyó subir de la calle una voz que salía del pie del balcón, el cual distando muy pocas varas del suelo, favorecía maravillosamente la trasmisión distinta, clarísima de las palabras.

Ella hubiera querido acaso retirarse de nuevo, pero el recelo de que se le atribuyese á temor infantil, el escozor de la curiosidad, la vergüencilla de confesarse vencida, la indujeron á tomar la resolución varonil, aunque imprudente, de permanecer en el sitio, sugiriéndole de paso un concepto ventajoso de la destreza del agresor.

—Perdone usted, señorita, dijo éste con un acento meloso con sus resabios de extranjero; ¿está en casa el señor su papá de usted?

—¿Mande usted? preguntó con voz notoriamente femenina y grata al oído la "locataria" del balcón, la cual no pudo humanamente negar su atención á quien la invocaba poniendo de por medio un nombre tan respetable.

—Preguntaba, contestó el desconocido articulando muy despacio los vocablos, si se halla en casa el señor su papá de vd., señorita, porque... porque lo busco para asuntos del servicio, de orden del señor comandante general, el señor general don Valentín Canalizo.

—No señor, papá anda fuera; fué á palacio, me parece... pase usted... le... avisaré á mamá... y...

La interlocutora hizo el ademán de irse.

—Oiga usted, señorita, dijo precipitadamente el desconocido.

La señorita, entorpecida por esta interpección su media vuelta comenzada, la completó en opuesto sentido, viniendo así á quedar en la postura y en el sitio de que había estado á punto de cambiar.

—¡Oh! señorita, prosiguió aquel en cuyo obsequio se había hecho la evolución que se acaba de describir; no... es importante... no se moleste usted... solamente

que si me hace usted el favor de tomarse la molestia perdonándome la libertad de que le diga que la adoro á usted como á la más preciosa de las criaturas, que no puedo tolerar por más tiempo el suplicio de callarle á usted la pasión que me devora, y que sería el más feliz de los mortales si usted se dignara corresponderme.

La persona que así hablaba, conocía seguramente, á más de algunas otras cosas, el valor del tiempo y el poder de la sorpresa, pues, profirió su retahíla de amorosos conceptos con tal precipitación y presteza, que la dama del balcón no supo ni qué hacer si no escucharle, ni qué responder al pronto.

Ella hubiera querido por lo menos hacerse creer ofendida, ya que no estaba en su arbitrio sentirse agraviada con la insólita declaración que le habían espetado; pero se agolparon á su mente ideas tan multiplicadas, complejas y variadas, que no tuvo cabeza para pensar ni en volver las espaldas al peligro ni en manifestarse lastimada de la ultrajante demasía del hombre que deliso en llano se prevaía de la buena crianza para requerir de amores á una niña decente y honrada. Una cosa sí resaltaba en el fondo de la oscurecida mente de la doncella, á saber, que el novelesco lance había estimulado sobre manera su curiosidad, y que de consiguiente no le disgustaba mu-

cho ni figurar en él ni seguirle hasta donde la casualidad le llevara.

Sucede con frecuencia en casos como el presente, que la mujer calla, y el hombre, pendiente de una respuesta cualquiera, decisiva ó no, aguarda con una congoja indefinible las primeras palabras de su pretendida, palabras que se imagina más y más crueles á medida que se prolonga el fatídico silencio de la bella.

El cortejo de que hablamos, callaba pues como la joven, y no provenía su repentina mudéz de que se recelase mal resultado de su atrevimiento, sino sí de que habiendo ya dicho todo lo que tenía preparado para el caso urgente en que se hallaba, encontrábase sin acopio de palabras adecuadas á la situación, á una situación que no tenía prevista.

Sin embargo, estábase él ocupando en reparar su imprevisión.

De súbito el balcón quedó despejado.

Y al ruido de una gruñidora puerta vidriera que se cerraba con estrépito, vino á mezclarse el de los pasos de un hombre que cruzaba la calle, silencioso y arrebozado en su capa, á corto trecho de la casa propietaria del consabido balcón.

El galán barbotó media docena de pacíficas maldiciones, y silbando una canción que ni está escrita ni ha sido jamás conocida de nadie fuera de él, tomó el rumbo

derecho, mientras tirando el otro sugeto por el lado opuesto, se metió en la calle del Indio Triste.

—¿Quién vive? gritó un centinela del palacio.

—¡ Militar! contestó el interpelado.

IV

PRIMER TOQUE DE MARCHA

Por los tiempos de que vamos hablando había como ahora en México varias casas de hospedaje sobresalientemente incómodas casi todas y espléndidamente mal servidas la mayor parte: lenguas malignas habrá, con dolor lo presentimos, que dando á nuestros inocentes conceptos una latitud que notoriamente no tienen agregarán allá para sus adentros, que en materia de casas de hospedaje nada se ha mejorado en la capital de la confederación mexicana; pero tenga en cuenta el benévolo lector que no dice otro tanto este relato.

En uno de los cuartos ó más propiamente celdas "á la penitenciaría" de la famosa Gran Sociedad, dos mozalvetes aguardaban, el día 7 del mes y año que citados dejamos, á cosa de las diez de la mañana, que les fuera servido, cuando al dueño de la casa le viniese de ello el antojo, un almuerzo extraordinario, pedido con muchas horas

de anticipación, en obvio de los inconvenientes y perjuicios de una improvisación culinaria.

El uno de los jóvenes, riguroso elegante, tendría unos diecinueve ó veinte años. Era más bien alto que bajo de cuerpo, de boca pequeña, labios tal cual gruesos, pero asentados, nariz aguileña, ojos verdiazules y dormidos, frente larga poco saliente: su rostro demasiado largo para un óvalo, acusaba por entre el mentis ineficaz del colorete la vida desordenada de su portador, quien por otra parte daba realce á sus gracias naturales con una cabellera de brillante color pardo, muy esmeradamente peinada á la novísima, corsé muy bien ajustado, guantes nuevecitos, casaca oscura de última moda, bota de charol perfectamente "confeccionada," pantalón blanco de esmeradísimo corte; y por complemento de tanta seducción, participando de lo natural y lo figurado, enlazando primorosamente la naturaleza con el arte, descollaba ostentando sus galas un bigotito de los más cecos, capaz de competir en calidad y figura con el famoso bigote del marqués de Río Santo.

El otro mozo dejaba descubrir ciertos resabios de lo que llaman los hijos de México "payo:" tenía poco más ó menos la misma edad que su compañero. Trigueño rosado, regordete, musculoso, de boca diastada y labios gruesos pero muy encarnados, nariz recta, ojos grandes, negros y expre-

sivos, frente ancha y prominente, llevaba en su rostro, más bien ancho que largo, la expresión pura y franca de una alma candorosa y de una vida arreglada. Por lo demás, su traje que consistía en un chaleco de raso aplomado, saco de paño pardo, corbata negra de seda, pantalón de casimir azul oscuro y botas muy limpias, revelaba lo modesto de las aspiraciones del personaje que le traía, por más que su largo cabello fino, peinado pero no rizado, pudiese inducir en el error de que hubiera más estudio que naturalidad en aquella visible negligencia.

Levantáronse ambos, obedeciendo á un simultáneo impulso de impaciencia, de la misma mesa redonda junto á la cual habían ya estado un largo trecho sentados, para dejar que maniobrara con libertad completa el criado que debiendo no tardar en presentarse, se dejó en efecto ver en el cuarto celda conduciendo los utensilios precursores del almuerzo tantas horas antes anunciado y esperado.

—¡ Hombre!... exclamó el elegante comensal cuya indignación gastronómica sublevó la presencia del fámulo; ¡ hombre! qué bien que lo haces!... Llevamos un año de estar aquí hechos unos... ¡ pelicanos!... ¡ Bah, bah, bah!...

—Pues si no se ha podido despachar más antes, respondió gruñendo el doméstico al tiempo que secaba con su delantal los platos,

—Lo peor es, prosiguió aquel dirigiendo la palabra á su compañero, previa una mirada de inequívoco desprecio al sirviente, que hoy te se hará malaobra para la misa de la Profesa.

El interlocutor, al decir esto, descolgó á sus labios una significativa sonrisa, y comenzó la faena de pasar por entre sus cabellos los dientes de un primoroso peine de marfil que para el efecto sacó de la bolsa "pechera" de su casaca.

El compañero barbotó, desde la puerta del estrecho aposento, algunos vocablos ininteligibles y al percibir el sonido compasado y ligero de las peinadas de su "conlocatorio," volvió hacia él la vista. Pudo entonces juzgarse que si bien había en su rostro una expresión de tranquilidad, había sin embargo en su alma una impresión de tristeza.

—¡ Y después de tanto tanto tiempo sin verla!... añadió el elegante, agregando á la primitiva sonrisa un acento de zumbona compasión, y componiendo, á presencia del cuco espejito que sacó de la mismísima bolsa en que guardaba el peine, su ya bien puesta corbata.

—¡ Bah! contestó con tono breve y aparentando indiferencia el socio. Pepito, continúa, ¿ crees tú que eso me puede tanto?

—Según, Eduardo. Sólo que ya estás desengañado....

—¡Yo!... Quién sabe... Porque en fin, no la he vuelto á ver después...

—Siete, sí, van ya siete días que pasó... En resumidas cuentas, tal vez yo me figuro lo que no sea... ó... tal vez sea más de lo que yo me figuro. ¿Qué dices tú?

—¡Qué mano que te has chasqueado! exclamó con mímica seriedad. Pepito, clavando en Eduardo la vista como quien pretendiese buscar, deletrear así un misterio, é interrumpiendo la interesante operación de acepillarse su brillante casaca.

—¡No! exclamó Eduardo con el acento de la convicción.

El sirviente, concluída ya su obra preparatoria, se retiró.

Y la mínima mesa se ostentó entonces ataviada con un mantel de alemanisco, sobre el cual, distantes cuanto el espacio lo permitía unos de otros, posaban tranquilos, pero desdichadamente vacíos, cuatro platos de fina porcelana, sustentando otros cuatro también vacíos.

Y en torno de la tal venturosa mesa, aparecieron cuatro sillas de composición anfibológica, inclinadas hacia ella como en ademán de confiarle un gustoso é íntimo sentimiento de irresistible simpatía.

—Ví muy bien, prosiguió Eduardo acercándose á su amigo, un hombre que estaba parado debajo del balcón. No distinguí su cara, se me oscureció la vista, pero divisé al volver la esquina del pala-

cio, un bulto, una mujer segurísimamente, ella sin duda ninguna... estaba en el balcón... ¡Oh! de esto no me cabe duda.

—¡Hu! hizo Pepito continuando la acepilladura interrumpida... Y ¿qué harán los muchachos? añadió de improviso.

—Yo quisiera persuadirme, prosiguió Eduardo sin hacer alto en la extravagante transición de su compañero, de que ella me... de que quiere á otro. A pesar de la prueba que creo tener y que nunca he pensado en desechar. dudo todavía. ¿Crearás que mi corazón me dice que no debo creer nada malo de lo que ví?... No sé lo que haga... La veré hoy... hoy por la última... ¿No te parece que la vea... por despedida?

—¡Síiiii! contestó el petrimetre con una entonación de voz que terminaba en silbido, el cual silbido sirvió como introducción á una cancioncilla que silbó, "talareó" y cantó formalmente mientras peinaba su codiciable bigote, y de la cual cancioncilla reproduciremos aunque en extracto la letra:

Mazurca querida,
de mi polco amor,
mis bolsas liberta
de "puro" agarrón.

Eduardo, mientras el "lion" de Indias se daba todo entero á su acesión de filar-

monía, permanecía silencioso y pensativo.

—Luego, dijo aquel cuando hubo acabado su canto, es necesario meter el buen día en casa, y ya que los “pureños” no están ahora fastidiándonos con sus fusilazos como ayer... A propósito, ¿no sabes el susto que llevó ayer Chuchito Flores? Al venir por la calle de Vergara para la Monterilla á cosa de las doce, rompieron el fuego los descamisados de Regina sobre el Colegio de Niñas... Allí fueron los apuros... creyó que lo fusilaban sin remedio... ¡Já! ¡ja! ¡ja! ¡ja! Pero lo que es por hoy no tendremos novedad sino hasta las tres de la tarde; me lo ha dicho Pepé Lémus.

Eduardo iba seguramente á decir algo, á tiempo que dos nuevos personajes invadieron el cuarto.

Dejamos al gusto del pintor los retratos de ellos y á la fantasía del curioso lector el “ideal” de sus prendas morales.

Nos limitamos á decir que uno de los dos tenía ya conquistado el título glorioso de fístol.

Después de las saluciones cordiales de estilo, aprestáronse los convidados, que con mil trabajos cabían en el retrete, á cerrar con el almuerzo apetitoso que acababa de poner en la mesa un sirviente de tez cobriza, pelo “lacio,” pantalón negripardo, chaqueta blanquinegra y mandil amarilloso.

—Vamos, chicos prorrumpió uno de los

recién llegados, enristrando el tenedor y el cuchillo con la más asombrosa resolución; “sans facons, sans cérémonie,” como quien engulle puros, “sacrrrrre nom!... Hell and heaven!”... ¡Eh, Pepito! “en avant,” tan tan....

—Siempre como siempre, este Chuchito; siempre tan calavera, tan “atravancado,” tan... ¿Qué dices, Perucho?

—¡Ja, ja, ja!... ¿Qué quieres que diga, chico? Ya sabes... Pero ya no es tanto, se va enmendando.

Una carcajada unánime, simultánea, estrepitosa partió de la boca de los concurrentes: una sola de las cuatro era notoriamente forzada.

Esto llamó, como era preciso, la atención del riente trio, y de consiguiente provocó las cargas más ó menos tenaces, más ó menos pesadas.

A poco, el Burdeos, auxiliado del Champaña y reforzado con el Marraschino se conjuraron contra la cauta reserva, la derrotaron y abrieron á las confidencias una amplia entrada. El mismo Eduardo, arrastrado por el ejemplo, por las excitativas cordiales de sus compañeros, hubo también de ser más comunicativo que de ordinario, y tanto lo fué al cabo que desembuchó sus amoríos y aun el incidente nocturno que ya tenemos referido.

Y sus compañeros hicieron voto, con báquico entusiasmo, de ser desde aquel día

el propugnáculo del amante desventurado. Como lo había dicho Pepito, al anunciar la campana mayor de Catedral la hora de las tres de la tarde, el cañón abocado á la calle de Plateros recordó á los pronunciados que los "puros" no perdían las esperanzas de rendirlos combatiéndolos desde tejos.

Antójasenos que venía como de molde aquí precisamente una digresión política sobre el pronunciamiento llamado de los polcos. (1)

Pero tenemos el sentimiento de no poder, por algunas razones muy nuestras, distraernos en este lugar con la política.

V

TEN CON TEN

Poco antes dijimos que Concepción se empeñaba en una lucha comprometida y azarosa: vamos á explicarnos.

El paciente lector está ya impuesto del motivo que determinó á Concepción á engatusar, como vulgarmente se dice, al candoroso Eduardo, con el cual mantenía una correspondencia amorosa tanto más

[1] Hay en Méjico un pobre almanaquero que, dándola de cronista, ha publicado un relato tan parcial como disparatado del pronunciamiento á que nos referimos. Para dar una idea del tal escrito y de su autor, bastará decir que en el primero no se encuentran más que injurias groseras, y que el segundo se ha dejado decir que los calendarios, como obras destinadas al pueblo, no requieren buena ortografía.

grata cuanto que, menos embelesada que él, podía manejar ella con táctica y á su sabor el cetro que ponía este accidente en sus manos; pues en amor, harto sabido es que el papel de víctima está por lo común destinado á la más leal de las dos partes.

Pero en el curso de sus amoríos, la práctica la había enseñado á mirar á los hombres con recelo, y á ponerse á cubierto de los funestos efectos, es decir del ridículo que acarrea la versatilidad varonil, á efecto de lo cual tenía ella la costumbre de admitir un segundo empeño, por vía de precaución, al que hacía seguir las mismas fases que alternativamente presentaba el primero: de manera, que si este descubría los caracteres de un petardo, substituyéndole oportunamente con el otro se libertaba del papel bochornoso de chasqueada.

Conocemos una voz francesa que la malignidad se ha salido con hacer adoptar por la real Academia española y que no dejará el honrado lector de querer aplicar, con motivo de lo que dejamos enunciado, á nuestra recomendable heroína; pero séanos lícito decir en honra suya que entre los manejos de una mujer que procura por vanidad agradar á muchos y los procedimientos de una mujer que procura ponerse á cubierto de chascos pesados, ha una diferencia palpable.

Desde la noche aquella en que aguardando Concepción á su amante había sido sorprendida por una declaración amorosa nueva é inesperada, altercaban en su mente dos pensamientos capitales:

Aceptar lisa y llanamente hasta donde la prudencia lo permitiese la situación á que la condujera el curso natural de los acontecimientos, de acontecimientos á que no había dado ella lugar en lo más mínimo, era simplemente dejarse llevar por una senda desconocida, sí, pero que debía según todas las probabilidades, ofrecer novedades, y acaso también provecho; era por otra parte obrar conforme con sus principios de saludable precaución.

Pero burlar la buena fe y confianza del hombre de quien recibía homenajes respetuosos, leales y fervientes, precautelarse sin el menor motivo fundado, de un amante en quien ejercía el más absoluto dominio, era un proceder tanto menos justificable cuanto que la exponía muy seriamente á perder el fruto de sus empeñados trabajos, es decir, la esperanza de salir de su tedioso solterismo, de llegar á mandarse sola, de tener su casa y su familia, y todo esto en cambio de sabe Dios qué expectativa de tormentas é infortunio.

Luego también, ella quería á Eduardo, y le quería por conveniencia primeramente, por vanidad después, y por la fuerza del hábito últimamente. El "otro" no

era bien á bien más que un aparecido por una feliz casualidad, el cual no era fácil determinar el provecho que daría.

¡Bien, muy bien!

Pero y si, como era sumamente probable, casi indisputablemente cierto, Eduardo había visto al hombre al pie del balcón, á la dama escuchando, si no cambiando con él, palabras que ningún enamorado hubiera creído inocentes... ¡Ay Dios! si Eduardo había juzgado infame veleidad lo que á todo rigor no había sido más que una imprudencia... una imprudencia... inocente... Cómo, si no, había interrumpido las visitas diarias, él que siempre decía con una verdad que los hechos comprobaban, que no contaba la vida sino por los deliciosos momentos que pasaba al lado de su preciosa Conchita...

Pudiera creerse que el tiroteo se lo había impedido... ¡pero no! El jueves casi no había habido nada en toda la mañana, el viernes habían estado suspensos hasta después de las doce del día los fuegos, el domingo no había ocurrido novedad sino hasta las tres de la tarde...

¡Oh! sin remedio él estaba enojado, sentido; sin remedio estaba determinado á dejarla plantada... y ella... ella, con una conducta equívoca mantendría definitivamente cerca de sí al pretendiente nocturno, para obrar según conviniera.

.....

VI

EL NÚMERO 4

A pesar de su resolución, á pesar de sus vehementes deseos, Eduardo no había estado á ver á su amada el día del referido *gaudeamus*, por una razón sobremanera sencilla.

La intemperancia á que, como los demás convidados, él también había dado rienda suelta, le puso en tal estado á la conclusión del banquete, que no hubiera sido ni provechoso ni prudente presentarse así en casa extraña.

Dejando, pues, para mejor ocasión la visita proyectada, juzgó Eduardo más conveniente por entonces gastar el día en dormir la zorra al dulce arrullo de las balas de fusil y de cañón que con desahogado afán disparaban los fieles y denodados defensores del gobierno.

Empero al día siguiente, el enamorado joven, hechos los aprestos necesarios de cuerpo y alma, plantóse de liso en llano en la calle, á despecho del enérgico tiroteo que desde muy de mañana sostenían las fuerzas beligerantes.

Dslizóse por dentro del portal de Tlalpaleros é hizo alto en la esquina del de

Agustinos y Mercaderes. ¡Ay! No eran entonces aquellos tiempos felices en que el venturoso don Antonio de la Torre, embutido en su modesto nicho, nicho histórico, solazaba su vista, su espíritu y su bolsillo, todo á la vez, con el flujo y reflujó de los transeuntes, con las doctas pláticas de los Cortinas, Peredas y compañía flor y nata de la literatura, de la diplomacia, de la parlería en fin, y con la incesante afluencia de compradores. A la sazón la guerra civil tenía desterrados, encerrados en sus casas á los ilustres miembros de aquel famoso cóncave que con frecuencia se agrupara en mejores épocas junto á la cédilla de don Antonio de la Torre!

Eduardo hubiera querido de buena gana poder tomar á la izquierda por el portal de Mercaderes, el Empedradillo, las calles de Santo Domingo hasta la garita de Guadalupe; ó bien por el rumbo opuesto, dejarse ir por las Monterillas, los Bajos de San Agustín, la Joya, Puente de la Aduana, San Gerónimo, Necatitlán, derecho derecho hasta la nauseabunda é invadible acequia... aunque hubiese empeñado su vida en el camino.

¡Cuánto no hubiera él dado por sentirse plenamente convencido de que ya no le amaba ella, ó de que positivamente amaba también á otro! ¡Y sin embargo, es muy probable que hubiese muerto de rabia, de humillación si por un momento,

por un sólo momento, hubiera tenido la conciencia de su afrenta!

Bregando consigo mismo y cavilando en los inconvenientes de su regreso á la casa de su amada, pasó el enamorado la Diputación, el portal de las Flores, la calle del Volador y Meleros, (1) torció para la del Puente del Correo Mayor, torció de nuevo á la izquierda y de repente encontröse no ya tan sólo con la calle de la Moneda, sino lo que es más, frente á frente del fatídico número 4.

—¡Ay! exclamó el pobre amante, y atravesó dentelleando el umbral de la casa.

Eduardo saludó entre dientes á las personas que se presentaron á su vista en la pequeña sala de la casa.

Eran éstas una señora de cuarenta años, enjuta, de rostro largo y, por beneficio de los cosméticos, colorado y relumbroso, nariz remilgada, ojos que conservaban el calor de un fuego gastado pero no extinguido todavía, y pelo rubio: la otra venía á ser una costurera, aya de la niña, criada de confianza ó semi-amiga de la familia, una de esas personas, en fin, que logran engatar á sus amos, hasta el punto de hacerse dueñas de la honra de las madres, de los padres y de las hijas sin que la tierra lo sienta.

—¡Hola, Eduardito! dijo la señora al ver al joven.

(1) En México hay calles que en cadaacera tienen distinto nombre.

La costurera murmujeó una docena de vocablos al oído de su ama.

Eduardo no oyó las palabras de bienvenida de la señora ni reparó en la acción de la criada; pues de súbito hirvióle la sangre en las arterias, zumbáronle los oídos y sintióse como si un vértigo le acometiera.

Levantóse luego maquinalmente y a riesgo de dar consigo en tierra, del asiento en que estaba, para saludar con estúpida amabilidad á una señorita que se presentaba en la sala, niña de dieciséis años, regularmente formada, en cuanto se podía juzgar por encima, no mal parecida y de gallarda apostura.

Al clavar ésta en Eduardo sus ojos hermosos, sus rasgados parpados, pudo haberse adivinado en ellos, con el auxilio de una perspicacia refinada, emoción, sorpresa, incertidumbre; pero esto fué tan rápido, tan fugaz, que nadie hubiera ni aun sospechádolo al observar la esperanza que vino á posarse en su expresiva fisonomía.

—¡Qué milagro! dijo asomando á sus frescos, encarnados y finos labios una sonrisa inefable, sonrisa que hizo trasudar á Eduardo.

—¡Conchita!.... tartaleó el atarantado mancebo.

—Mamá, prosiguió Concepción manifestando en su rosado rostro un extraor-

dinario contento, vamos haciendo una raya en el pozo.

—¡Quién sabe por dónde sopla hoy el viento! contestó la mamá con acento zumbón.

—Por donde siempre, señorita, repuso Eduardo tomando las palabras en el sentido metafórico que les daba la mamá.

—Ya creíamos que se había usted muerto ó ido, dijo Concepción buscando con los suyos en los ojos de su amante una señal de tierna inteligencia, algo por lo menos que pudiera servirle de norma en su conducta.

¡Cosa extraña! La cara del joven revelaba enojo; y en efecto él, cediendo á la primera impresión que acometiera á su mente, se mostró enojado tan maquinal é irreflexivamente, como se hubiera mostrado contento.

El hielo del desaliento se infiltró en las arterias de Concepción, en términos que cualquier observador, menos el amante, habría echado de ver en su semblante que algo nuevo y desagradable pasaba en el fondo de su alma.

—Pero sea lo que fuere, prosiguió ella, me acompañará usted, ¿verdad, mamá? á casa de Tonchita, aquí, á un paso.... La pobre me está aguardando desde ayer.... No hay tiroteo por la Santísima.... Voy á acabar de vestirme.

—¿Y qué novedades nos trae usted, ca-

ballero? preguntó la mamá después de haber otorgado de cabeza, y cuando en virtud de esto se hubo ausentado su hija.

—Primeramente, señorita, mi viaje.

—¡Qué me dice usted! exclamó la señora, mirando asombrada á Eduardo.

—Sí, me voy en la diligencia que sale en la madrugada del viernes; vengo á despedirme de usted, y....

—¡Con que!.... Me ha dejado usted con la boca abierta....

—Me han escrito de mi casa que hago allí falta, que precisa que vaya pronto....

—¡Vaya, vaya!.... Y dígame usted, ¿es cierto que en la Profesa han matado hoy á un español, mentado Guadarrama?

—Sí, señorita. Un soldado apostó desde la puerta principal de Palacio, á que lo “doblaba.” Le apuntó estando Guadarrama en la torre de la Profesa, y le pegó el balazo. Recibió la apuesta y un ascenso; pero á poco después, por querer ganar otra apuesta, lo “doblaron” de la Profesa á tiempo que le apuntaba á otro polco.

—¡Qué tal!.... Y ¿no sabe usted que Rangel ha “pescado” á la buena maula de Pedraza; hoy al ir á Tacubaya?

—No, señorita.

—Pues sí señor. ¡Y el general Rangel, ya sabe usted quien, que se ha encañichado en fusilarlo! Dicen que van sus amigos á echar de empeño á Trigueros,

para sacarlo del apuro. Y si Trigueros, que es el ojo derecho de don Antonio, y que tanto considera por eso Rangel, no le vale...

La locuaz interlocutora acompañó sus últimas palabras con un gesto, semejante al que hacían en la revolución de 1,793 los jueces del pueblo que instituían sus horribles tribunales en los montones de cáda-veres.

—Cuando usted guste, dijo Concepción, presentando su linda figura en la sala, y haciendo un mimito, un gestito capaz de sacar de sus casillas al mismo Diógenes Laercio.

¡Oh! Cuán bella, cuán pasmosamente seductora estaba en aquel momento á los ojos de su embelesado amante, aquella criatura querida! Jamás, no, jamás le había parecido tan soberanamente linda como entonces, después de tantos días, ó acomodándonos al hiperbólico lenguaje de los enamorados, después de tantos siglos de ausencia. Pero también, debemos confesarlo en descargo de nuestra conciencia, jamás había la joven consultado con tanto escrúpulo su espejo, ni estudiado con mayor aplicación el efecto de las gracias, pocas ó muchas, chicas ó grandes, que le diera el cielo.

No nos atrevemos nosotros á describir su traje ni su peinado, pues no lograría-

mos dar una idea de lo bien que todo estaba calculado para el objeto, con decir que vestía un "túnico" (vestido) oscuro y gayado, calzaba un zapato negro de raso, muy ajustado á su precioso pie, etc.

Eduardo presentó su brazo á la soberana de su corazón, y seguidos de la criada de confianza, se plantaron los enamorados en la calle.

Fuese por lo corto de la distancia que mediaba entre la casa de donde salían, ó por otro motivo que nos interesa muy poco determinar, no pasó entre los amantes cosa que merezca la pena de ser aquí relatada mientras caminaban por la banquetta de las calles que van á la de Vanegas, en un entresuelo de la cual se entraron.

VII

.....

El martes 9 de Marzo del año de 1,847, día de santa Francisca, viuda romana muerta en 1,440, hablando de la cual dice el bonazo de Baillet que la traslación de sus huesos, encontrados doscientos años después de su fallecimiento, tuvo que hacerse en secreto por temor del peligroso celo del pueblo, este día, pues, recordarán nuestros lectores que como á las cinco de la tarde hubo